

«YO SOY LA PUERTA DE LAS OVEJAS»

En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ese es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A este le abre el guarda y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz: a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños».

Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús: «En verdad, en verdad os digo: **yo soy la puerta de las ovejas**. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. **Yo soy la puerta**: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estragos; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante. (Jn 10, 1-10)

La imagen o metáfora de la puerta se presenta en estrecha relación con la del Buen Pastor, que vimos en la meditación anterior. La afirmación «yo soy el buen pastor» ha tendido y tiende a acaparar la atención del lector de los evangelios. Y, no obstante, la metáfora de la puerta contiene, si reflexionamos atentamente, unas dimensiones existenciales de suma importancia, tanto para la vivencia de nuestra condición de discípulos y pastores, como para desplegar una auténtica acción pastoral, para participar en la misión mesiánica de Jesús, el buen pastor. Es lo que trataré de presentar en esta meditación.

Con la afirmación reiterada: «Yo soy la puerta», «Yo soy la puerta de la ovejas», Jesús se presenta, una vez más, como el revelador y salvador, al igual que en las otras afirmaciones: «Yo soy la luz del mundo», «Yo soy el pan de la vida»... etc.. Con la metáfora de la puerta, que, a primera vista, puede resultar un tanto chocante, Jesús, con un gran radicalismo, nos está diciendo que sólo quien entra por él se salva y puede llegar a ser pastor de las ovejas de Dios. Este será el núcleo de nuestra meditación.

Tengamos en cuenta el contexto en que Jesús se presenta como la puerta. Acaba de decir a los fariseos, que habían expulsado al antiguo ciego de la sinagoga por ser discípulo suyo: «Si estuvierais ciegos, no tendrías pecado; pero como decís “vemos”, vuestro pecado permanece». (Jn 9, 41) Y, a continuación, en una fórmula típica de revelación, afirma: «En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ese es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas». No es difícil, por tanto, intuir que la metáfora de la puerta se inscribe en un contexto polémico; pero esto no obsta para que en la meditación ahondemos en el mensaje de fondo que Jesús nos dice aquí y ahora.

Para mejor comprender qué quiere comunicarnos Jesús, con la metáfora de la puerta, de su acción reveladora y salvadora, realicemos un rápido viaje a través de las Escrituras. La revelación de Dios, en cuanto nos llega a través de experiencias y palabras humanas, conviene releerla teniendo en cuenta las culturas en que dicha revelación se plasmó. Sólo así llegamos a entender aquello que los autores sagrados quisieron afirmar y lo que la palabra viva, operante e incisiva de Dios nos dice para el hoy de nuestras vidas. Es curioso que Jesús se presente como el pastor y la puerta, como el todo. ¿Qué significa entrar y salir por la puerta? ¿Qué consecuencias para las ovejas y los pastores auténticos?

I.- EL SIMBOLISMO DE LA PUERTA EN LA BIBLIA

El simbolismo de la puerta no tiene el mismo alcance en la cultura seminómada, en las ciudades amuralladas y en los pueblos o ciudades abiertas, como las nuestras. Entre nosotros la puerta tiene que ver, ante todo, con la casa, la intimidad familiar, un cierto individualismo y la propiedad. Un vestigio, no obstante, del pasado cultural de pueblos y ciudades, lo encontramos aún en las murallas y puertas monumentales existentes entre nosotros. Pero pocos son los que recuerdan ya la importancia de la «puerta» de cara al desarrollo de la vida social, cultural, económica e incluso religiosa de la gente. Los oyentes de Jesús, aun cuando el evangelista señale que no comprendieron lo que quería decirles, conocían bien la importancia tradicional de la puerta de la ciudad o de las puertas en plural, tal como lo recuerda la historia del pueblo y las múltiples alusiones de los salmos. En tiempos de Jesús, además, existía la llamada «puerta de las ovejas» existente en Jerusalén (cf. Jn 5, 1-2), por la que se introducía en el Templo las ovejas que iban a servir para los sacrificios, esto es, para ofrecerlas a Dios.

Las ciudades modernas son cada vez más abiertas; pero, en su interior van surgiendo pequeñas «urbanizaciones». Las ciudades antiguas eran más pequeñas y, en algunos casos, la muralla que las rodeaba contaba con una sola puerta. La función de esta puerta era múltiple y así lo recuerda la historia reflejada en algunas páginas de los escritos bíblicos.

La puerta servía, en primer lugar, para delimitar el espacio de la comunidad, su identidad y libertad, en relación con los que estaban fuera (cf. Jos 2, 1ss). Abrir la puerta a alguien significaba acogerlo, introducirlo de alguna forma en la comunidad. Cerrarle la puerta era dejarlo fuera de la comunidad. Al amigo se le abre la puerta, al enemigo se la cierra. La puerta, por tanto, establece un límite, una cierta separación; pero también abre un espacio para la acogida, como vemos en estas palabras de Job, con las que buscaba justificarse ante Dios: «Ningún forastero durmió en la calle, porque abrí mis puertas al caminante» (Job 31, 32). Quien abre la puerta da una posibilidad al que acude a él, le ofrece un espacio para su actuación. Pablo escribía cómo el Señor le había abierto una puerta para su acción misionera: «Con todo, me quedaré en Éfeso hasta Pentecostés, pues se me ha abierto una puerta grande y favorable a la acción, aun siendo muchos los adversarios» (1Cor 16, 9). Cerrar la puerta, por el contrario, es dejar fuera de la fiesta, es excluir de la posibilidad de participar en el banquete del reino de Dios. Así lo recuerda la parábola de las diez vírgenes.

Mientras iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta. Más tarde llegaron también las otras vírgenes, diciendo: "Señor, señor, ábrenos". Pero él respondió: "En verdad os digo que no os conozco". Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora». (Mt 25, 10-12)

La puerta, en segundo lugar, era garantía de seguridad para los vecinos de la ciudad amurallada. Por el día permanecía abierta, por la noche, y en caso de asedio, se cerraba (cf. Jos 2, 1-24). Durante el día se podía entrar y salir con libertad, durante la noche cada persona y familia debía permanecer en la ciudad. La comunidad apostólica, hasta que el Espíritu la lanzó a las plazas públicas, estaba con las puertas cerradas para protegerse de la amenaza de los judíos (cf. Jn 20, 19). Una ciudad sin puerta y sin vigilancia carecía de unidad, de seguridad y de paz, pues los enemigos, los ladrones e, incluso, las fieras salvajes podían irrumpir en la ciudad, para saquearla y destruirla.

En las ciudades antiguas, por otra parte, «la puerta» centraba toda la actividad pública de la comunidad. En ella tenían lugar las transacciones comerciales, los contratos públicos,

los juicios, las decisiones sociales y políticas, todo lo que afectaba al conjunto de la ciudadanía. Todo se hacía ante el testimonio de los presentes, a la luz pública. No había necesidad de notarios, pues el pueblo actuaba como tal. La gente se sentaba a la puerta y tomaba parte en cuanto acontecía para bien o para mal de la ciudad.

Los peregrinos admiraban «las puertas de Jerusalén», pues eran el símbolo de su grandeza y también de volver a encontrar la comunidad en paz, libertad y prosperidad. Para ir «a la casa del Señor» hay que pasar por la puerta (cf. Sal 122 [121]). Las puertas se han de elevar para que entre el rey de la gloria (Sal 24 [23], 7-10). Las puertas antiguas, por tanto, han de elevarse para dar paso al Señor y así tome posesión del pueblo, pues él mismo le dio las puertas antiguas. Él es quien proporciona la verdadera seguridad al pueblo, como lo pone de manifiesto que sea el Señor quien refuerce los cerrojos de las puertas de Israel y haya bendecido a sus hijos dentro de la comunidad (cf. Sal 147, 13). El peregrino, por tanto, al atravesar la puerta hacia memoria de la historia y se sentía protegido por Dios que velaba y defendía la comunidad. La paz y la alegría reconfortaban su corazón.

El simbolismo religioso de la puerta alcanza su plena relevancia en el sueño de Jacob (Gen 28, 10-22), que luego evoca Jn 1, 51 donde Jesús se presenta como la escala que une el cielo y la tierra. Dios, durante el sueño, renueva las promesas a Jacob y le confirma su protección. El patriarca reconoce que ese lugar es la casa de Dios y la «puerta del cielo». Y así llama al lugar *BETEL*, casa de Dios. El peregrino, «atravesando la puerta» expresa su deseo y alegría de ir al encuentro de Dios. «Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con himnos, dándole gracias y bendición su nombre: El Señor es bueno, su misericordia es eterna, su fidelidad por todas las edades» (Sal 100 [99], 4-5). Para ello es preciso que nos abran «las puertas de la justicia o la salvación».

El salmista oraba en estos términos: «No he de morir, viviré para cantar las hazañas del Señor. Me castigó, me castigó el Señor, pero no me entregó a la muerte. Abridme las puertas de la salvación (justicia), y entraré para dar gracias al Señor. Esta es la puerta del Señor: los vencedores entrarán por ella» (Sal 118 [117], 17-21) A continuación el salmista canta: «La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente... etc.» La fe apostólica interpretó en clave mesiánica este salmo, como lo recuerda la cita literal que el propio Jesús realiza, por ejemplo, en la parábola de los viñadores homicidas (Mc 12, 1-12p).

Los profetas, por su parte, insisten que es inútil el fetiche de la puerta si de verdad en ella no se busca la verdad, la justicia y la libertad de los oprimidos (cf. Am 5, 1-17 en el v. 10, puerta ha quedado traducido por tribunal. cf. Ex 29, 21; Rut 4, 1. La puerta de la ciudad, era la sede del tribunal local; pero que en ocasiones no se hacía verdadera justicia). La puerta, por tanto, no es todo. Por ella misma no garantiza la seguridad, pues el verdadero defensor del pueblo pobre y humilde es el Señor. La puerta es inútil si Dios no guarda la ciudad. Y Dios se aleja si la comunidad no vive la alianza, sino es justa.

Es interesante, por último, notar que también existen puertas en el Hades, en la región de los muertos, que solo Dios conoce y puede abrir. Una vez que se ha entrado en el Hades, nadie puede salir ya por él mismo. Nadie puede volver a la vida. El pueblo, por tanto, está llamado a orar, a fin que la intervención de Dios le abra de nuevo las puertas de la vida (cf. Is 38, 9ss).

El orante suplica que las «puertas de la muerte» se cierren para él; es una forma de pedir la vida en plenitud, que se opone a las situaciones de muerte. A través de la oración, los

hombres de Dios, como son los profetas, piden que el Dios de la vida venga a su encuentro, que descienda del cielo, para que ellos puedan caminar por la senda de la vida y las puertas del muerte se cierren. «Somos desde hace tiempo aquellos sobre los que tú no gobiernas, los que no llevamos ya tu nombre. ¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses! En tu presencia se estremecerían las montañas...» (Is 63, 19)

II.- EL CONTEXTO PRÓXIMO Y REMOTO DE LA METÁFORA EN JUAN

La curación del ciego de nacimiento (y lo mismo sucede con el relato del paralítico) pone de manifiesto que el ciego, después de recobrar la vista gracias a Cristo, puede moverse con total libertad, va y viene, entra y sale, habla e interpela. Asume sus responsabilidades. Se ha hecho discípulo de Cristo. Es una de sus verdaderas ovejas.

Pero, en el mismo relato, se ha puesto de manifiesto que los jefes de la sinagoga, «los pastores», han tratado de cercenar la libertad de juicio y palabra del ciego, ahora vidente, hasta el punto de forzarlo a descalificar al que le ha dado la vista. «Llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron: “Da gloria a Dios: nosotros sabemos que ese hombre es un pecador”». (Jn 9, 24) Pero el ciego no aceptó sus palabras.

El relato del ciego establece así una clara separación entre el ciego como discípulo de Jesús, pero desconocido todavía para él, y los que se presentaban como los verdaderos discípulos de Moisés. Un debate que el evangelista Juan había ya zanjado con anterioridad al poner en los labios de Jesús la siguiente afirmación tras la curación del paralítico:

No penséis que yo os voy a acusar ante el Padre, hay uno que os acusa: Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero, si no creéis en sus escritos, ¿cómo vais a creer en mis palabras?». (Jn 5, 45-46)

La afirmación, «yo soy la puerta», por tanto, se halla encuadrada por el relato del ciego y la afirmación de Jesús: «Yo y el Padre somos uno»; y más ampliamente por los capítulos del 5 al 12, que dan cuenta de las controversias entre Jesús y los judíos. Así se comprende que Jesús se presente como la puerta de las ovejas y de los verdaderos pastores.

En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ese es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A este le abre el guarda y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz: a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños». Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. (Jn 10, 1-6)

Ladrones y salteadores son los pastores que se apropian de las ovejas del Señor. Intrusos y salteadores son los pastores que sin haber recibido mandato del Señor para conducir y guiar su pueblo, tratan de manipularlo. Ni los unos ni los otros entran por la puerta en el aprisco de las ovejas, pues de entrar por la puerta, el guarda habría actuado en consecuencia (es una forma de decir lo ya dicho: «Nadie viene a mí, si el Padre no lo atrae» (Jn 6, 44). El salmo 121 (120) habla del guardián de Israel, que ni duerme ni reposa. «El Señor guarda tus entradas y salidas, ahora y por siempre». Es interesante notarlo, pues nos encontramos con una expresión simbólica repetida en diferentes momentos de la historia de la salvación (cf. Num 27, 17; 1S 29, 6; 2S 3, 25; 5, 2; 1Cro 11, 2; 2Cro 23, 19). Israel es el rebaño de Dios, sus ovejas; pero los falsos pastores se han apropiado de ellas y

las expulsan con una cierta violencia de la sinagoga. Jesús denuncia así, por medio de esta especie de parábola, a los malos pastores de ayer y hoy que buscan manipular a las ovejas, usurpando el puesto del Pastor mesiánico. San Pablo, en Mileto, alertó ya a los presbíteros de Éfeso de que surgirían malos pastores de entre ellos:

Y ahora, mirad: sé que ninguno de vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino, volverá a ver mi rostro. Por eso testifico en el día de hoy que estoy limpio de la sangre de todos: pues no tuve miedo de anunciaros enteramente el plan de Dios. Tened cuidado de vosotros y de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo. Yo sé que, cuando os deje, se meterán entre vosotros lobos feroces, que no tendrán piedad del rebaño. Incluso de entre vosotros mismos surgirán algunos que hablarán cosas perversas para arrastrar a los discípulos en pos de sí. Por eso, estad alerta: acordaos de que durante tres años, de día y de noche, no he cesado de aconsejar con lágrimas en los ojos a cada uno en particular. Ahora os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para construeros y haceros partícipes de la herencia con todos los santificados. (Hch 20, 25-32)

La denuncia de Jesús y del Apóstol recuerda a los presbíteros el riesgo de devenir ladrones y salteadores; y también a cuantos quieren, con verdad y amor, ayudarles en su ministerio. La denuncia también es expresión de amor, si busca realmente ayudar a caminar en la verdad, esto es, a «realizar la verdad en el amor» (Ef 4, 15). Tal es el camino de la verdad que nos libera y libera a los demás. Además no debemos olvidar, que todos estamos llamados, como ya vimos en la meditación anterior, a compartir la misión del Pastor mesiánico, pues la Iglesia, como sabemos, es el pueblo mesiánico.

El evangelista señala que los oyentes no comprendieron de qué les hablaba. También cabe pensar que sus oyentes no querían entender, pues las parábolas y comparaciones de Jesús sólo se las suele comprender, si se las acoge como dirigidas al que las escucha, si uno se siente interpelado a dar una respuesta. No se las entiende cuando se las escucha como dirigidas a un oyente ficticio, como ocurre con los cuentos e historietas. Jesús se dirigía a personas concretas y situadas. Hay que leer las parábolas sabiendo a quien se dirigen.

III.- «YO SOY LA PUERTA DE LAS OVEJAS»

Por eso añadió Jesús: «En verdad, en verdad os digo: yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. (Jn 10, 7-8)

Dado que sus oyentes no habían comprendido, Jesús retoma la palabra para explicar el sentido de la metáfora. Ahora las afirmaciones son tajantes y se precipitan como en cascada. Es el momento de la revelación, de una revelación inaudita.

«Yo soy la puerta de las ovejas». Si en los versículos anteriores quedaba oscuro el sentido simbólico de la puerta, al revelarse Jesús como «la puerta de las ovejas», nos sitúa ante el misterio de su persona y misión. Por ello no resulta disparatado poner esta revelación de Jesús con la afirmación con la que él mismo cerraba el prólogo en prosa del evangelio según san Juan y abría la primera parte de su evangelio, esto es, el libro de los signos de Jesús entre los judíos. He aquí estas palabras tan significativas para entender la persona y misión del Nazareno.

Y le añadió: «En verdad, en verdad os digo: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre». (Jn 1, 51)

Estas palabras solemnes de Jesús, introducidas en ambos casos con la fórmula: «en verdad, en verdad os digo», son palabras de revelación, en las que se nos da a conocer, como acabo de decir, la identidad de su persona y el sentido o finalidad de su misión. Ellas evocan el sueño de Jacob en Betel: una escalinata que, apoyada en la tierra, unía el cielo y la tierra; por ella subían y bajaban los ángeles de Dios. Y Dios se comprometía a acompañar a Jacob hasta el cumplimiento de las promesas de la alianza. Cuando despertó del sueño dijo Israel: «Realmente el Señor está en este lugar y yo no lo sabía» Y, sobrecogido, añadió: «Qué terrible es este lugar: no es sino la casa de Dios y la puerta del cielo» (Gen 28, 10-22). El libro del Apocalipsis habla de una puerta abierta en el cielo, una puerta que permite subir al cielo y comprender lo que va a suceder.

Después de esto, miré y vi una puerta abierta en el cielo; y aquella primera voz, como de trompeta, que oí hablando conmigo, decía: «Sube aquí y te mostraré lo que tiene que suceder después de esto». (Ap 4, 1)

Bajo la metáfora de la puerta, la identidad y misión de Jesús se presenta como la propia de quien viene a consumir la unión del cielo y la tierra, esto es, la del mediador de la nueva alianza. Él es el paso obligado de las ovejas para devenir una ofrenda agradable a Dios, para que tengan acceso al verdadero sábado, al descanso de Dios, para pertenecer de una vez para siempre al Señor, para entrar en su santidad y comunión de vida.

Ahora bien, Jesús lleva a cabo su identidad y misión en la carne, apoyado en la carne, como la escala vista por Jacob, que se apoyaba en la tierra. Así se recuerda que la forma en que Jesús desplegará su identidad y misión en la tierra, no tendrá nada de espectacular. La encarnación del Verbo sustenta la originalidad del cristianismo, la fecundidad pascual y la misma vida sacramental.

Ante el Hijo del hombre, todos están llamados a tomar postura por la fe, si desean participar en la alianza que se hace presente en su condición y misión. El evangelio según san Juan tiene como finalidad primordial conducir a la fe en Jesucristo, el verdadero revelador y salvador. Jesús es el nuevo templo, la casa y la puerta, donde Dios se hace presente, se revela y comunica con los hombres. En él y por él se cumple el sueño de Jacob, de Israel, el designio salvador de Dios. La puerta de comunicación entre el cielo y la tierra existe y se nos ha dado a conocer. Ahora la ovejas pueden ir por ella a Dios, entrar y salir como un pueblo libre, como el pueblo de la alianza.

Jesús, conviene insistir en ello, al firmarse como la puerta de las ovejas, critica duramente a los que vinieron antes de él, con la pretensión de ser la puerta por donde el pueblo debía pasar, esto es, entrar y salir. La crítica es dura y, en un primer momento se dirige a los que han expulsado al ciego de la sinagoga; pero luego se amplía a cuantos, en lugar de situarse como servidores del rebaño del Señor, pretenden dominarlo, servirse de él y de alguna forma manipularlo, imponiendo lo que deben pensar sobre el Señor, como lo hicieron los «jueces» de la sinagoga al pedirle al ciego curado que renegase de quien lo había curado.

Nunca los verdaderos profetas se presentaron como salvadores o jefes del pueblo, sino como los siervos del único Salvador y Señor, del Santo de Israel. Juan Bautista se presentó como el que preparaba el camino al Señor. Él no era el Mesías, sino su vocero. No era el pastor mesiánico, sino el amigo del Esposo enviado para prepararle la Esposa. Juan no era la puerta, sino el dedo que señalaba la presencia del Cordero que quita el pecado del mundo. He ahí la diferencia entre el verdadero servidor del pueblo y el que busca situarse como «la puerta de las ovejas». Y esta crítica la podemos extender también a nuestros días,

pues, consciente o inconscientemente, corremos el peligro unos y otros de pretender ser la puerta de las ovejas del Señor.

La metáfora de la puerta, por tanto, muestra que todo el que se presenta o actúa con la pretensión de venir a salvar o revelar (la pretensión soteriológica) son falsos pastores, aun cuando se revistan de ovejas. No hay más que un portador de salvación, una y única puerta para entrar en el santuario y compartir la vida misma de Dios. Jesús pronuncia así, como cuando se afirma como el camino, un verdadero juicio sobre quienes pretenden ser reveladores o salvadores, en lugar de situarse como siervos pobres y humildes. Los ladrones y salteadores son los seductores del pueblo, los pseudoprofetos que rechazan el mesianismo de Jesús y propugnan un mesianismo triunfal. Estos llegan en la noche y escalan el muro. Jesús llega en el amanecer y el portero le abre.

Las ovejas auténticas, las que son realmente de Dios, no escuchan a los malos pastores. Ellas son las que arriesgan, las que asumen ser expulsadas de las sinagogas, con todo lo que ello comporta de marginación. Estas ovejas prefieren la verdad y evidencia de los hechos a la mentira. Estamos ante el riesgo de la fe. El ciego curado asumió el riesgo, no así sus padres, pues preferían la seguridad de la sinagoga al riesgo de ser expulsados. Y esto sigue sucediendo entre nosotros. Preferimos lo correcto social, religiosa, políticamente, al riesgo de caminar a la intemperie. La palabra de Dios reenvía siempre a experiencias universales de vida. Los que son de Dios entran y salen por Jesús, aceptando con alegría correr su misma suerte. ¿No consiste precisamente en esto ser discípulo de Jesús?

IV.- «YO SOY LA PUERTA»

Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estragos; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante. (Jn 10, 1-10)

Jesús da un paso más en la revelación de su identidad y misión. Ahora se afirma de manera absoluta: «Yo soy la puerta». La puerta tanto de las ovejas como de los pastores, de Israel y del resto de los pueblos. Él es el único Revelador y Salvador, como ya se había esbozado en el encuentro con la samaritana y el pueblo samaritano, con el centurión romano y con los marginados del templo. Él es la puerta, la única puerta, el mediador único y definitivo entre el cielo y la tierra. Por él nos llega la salvación y la revelación de Dios. Quien entra por él, penetra en la vida de Dios, camina en la libertad y se alimenta de buenos pastos, de la palabra misma de Dios.

La imagen de los pastos recalca que la salvación consiste en la obtención de la vida eterna, mediante la escucha de la palabra, expresión de la solicitud amorosa de Dios por su pueblo y también de la acción salvadora de Dios, que conduce al pueblo de manera insospechada (cf. Sal 23 [22]; 1Cro 4, 40; Ez 32, 12-15; Is 49, 9-12) La vida eterna viene únicamente por medio de Jesús. La vida que Jesús aporta es sobreabundante. Es la vida escatológica, definitiva y, por ello mismo, de una abundancia inaudita. Es la vida dada al creyente.

A través de la metáfora de la puerta y del pastor, Jesús revela que la finalidad de su envío al mundo por el Padre es la de salvar a los hombres; él viene para que tengan vida y la tengan en abundancia. Dios es un Dios de vivos y no de muertos. Él es la única puerta que conduce a la salvación. Lo absoluto de su afirmación excluye a todos los competidores. Sólo él hace posible el paso de las tinieblas a la luz. Y así, como puerta hace posible el

acceso de las ovejas a los pastos vivificadores. Quien entra por él, la puerta, será salvo (cf. 3, 17; 5, 34; 12, 47). No hay otra puerta, otro salvador y revelador

El simbolismo de la puerta, por otra parte, ayuda a comprender que Jesús lleva a cabo con su presencia, palabra y acción una separación entre los que son de Dios y los que son del mundo, entre los buenos y los malos pastores, entre la luz y las tinieblas... etc. Los Sinópticos hablaban de Jesús como signo de contradicción. La puerta establece una separación, pero, al mismo tiempo, permite salir y entrar con libertad. Él hace posible el acceso al Padre y la integración en el rebaño de las ovejas que le pertenecen. Pero es necesaria de todo punto, tanto de parte de los pastores como de las ovejas, la decisión arriesgada de la fe. El ciego curado entró por la puerta. Los padres del ciego prefirieron la seguridad que les ofrecía la sinagoga. Los que decían ver rechazaron la luz y los pastos buenos y superabundantes.

V.- CONSECUENCIAS PARA NUESTRA CONDICIÓN DE DISCÍPULOS Y APÓSTOLES

1. En nuestra oración se trata, ante todo, de dar gracias a Dios Padre que nos ha dado a conocer la puerta por la que tenemos acceso a su reino de amor, a la vida sin ocaso. La puerta se nos ha abierto. Los Hechos de los Apóstoles recuerdan cómo Dios, por medio de los misioneros, había abierto «la puerta de la fe» a los gentiles (Hch 24, 27), esto es, cómo habían creído en Jesús, la puerta de las ovejas. Nosotros nos contamos entre esos gentiles a los que también el Señor nos ha abierto la puerta de la fe.

Demos gracias a Cristo Jesús, pues en él se cumplen las promesas de las alianzas, así como las expectativas y deseos de la humanidad. Pero la novedad es tal que sobrepasa lo imaginado y anhelado. De ahí que los «judíos» no dieran crédito a lo que Jesús decía y hacía, de modo que se opusieran a lo que revelaba, con sus palabras y acciones, de su persona y misión. ¿Cómo podía ser el hijo del carpintero la escala que unía el cielo y la tierra? ¿Cómo podía ser la puerta del cielo, la puerta de las ovejas y de los pastores anteriores a él? ¿Por qué los pastores de Israel debían pasar por él?

Hoy también se «murmura» de Jesús, de la fe apostólica: ¿cómo un hombre individual, dicen algunos, pretende ser el hombre universal? ¿Cómo, se interrogan las religiones y sus seguidores, un crucificado pretende ser el único Salvador del mundo? Y es que la mentalidad sincretista de la cultura plural y globalizada no soporta la Verdad, el Absoluto. Así se teje el sincretismo, la religión a la carta. Y no obstante, Jesús sigue afirmando, aun cuando muchos traten de edulcorar sus tajantes afirmaciones: «Yo soy la Puerta de las ovejas» «Yo soy la puerta». Él es el mediador de la nueva y definitiva alianza.

2. Entrar por la puerta de las ovejas, que es Cristo Jesús, nos permite ser en él, con él y como él una ofrenda agradable a Dios. En efecto, Jesús nos abrió la puerta «al árbol de la vida», que se nos había cerrado cuando nuestros primeros padres fueron expulsados del paraíso (cf. Gen 3, 23-24). Jesús es la puerta, la escala que une el cielo y la tierra (cf. Prov 3, 18; Ap 2, 1-17; 22, 1-20). La carta a los efesios presenta esta realidad maravillosa en estos términos: «Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó se entregó por nosotros a Dios como oblación y víctima de suave olor... Buscad lo que agrada al Señor... Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará». (Ef 5, 1-14) (Los Padres de la Iglesia presentan la cruz como la llave que abre el camino al árbol de la vida o como el árbol de la vida)

He aquí la verdadera liturgia en la que introduce Cristo a los que creen, esto es, a sus discípulos y apóstoles, en cuanto es la puerta. En esto consiste precisamente la auténtica liturgia del apóstol de las gentes, como leemos en un texto muy significativo de la carta a los romanos, en el que narra cómo vive su condición de «ser ministro de Cristo Jesús para con los gentiles, ejerciendo el oficio sagrado del Evangelio de Dios, para que la ofrenda de los gentiles, consagrada por el Espíritu Santo, sea agradable». (Rom 15, 16) La misión del apóstol es llevar a las ovejas a la puerta que es Cristo y así puedan ser una ofrenda agradable a Dios. En la plegaria eucarística III, pedimos, aunque creo que nos somos siempre muy conscientes: «Que él nos transforme en ofrenda permanente, para que gocemos de tu heredad juntos con tus elegidos». Y en la plegaria IV, oramos: «Dirige tu mirada sobre esta Víctima que tú mismo has preparado a tu Iglesia, y concede a cuantos compartimos este pan y este cáliz, que congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para alabanza de tu gloria.» Así entramos por «la puerta de las ovejas».

3. La metáfora de la puerta por la que las ovejas pueden «entrar y salir», evoca al pueblo caminando en libertad después de los años de opresión y esclavitud, después de andar errante por el desierto. El libro de los Números, recuerda la oración de Moisés a la hora de buscar un pastor para el pueblo de la alianza.

Moisés dijo al Señor: «Que el Señor, Dios de los espíritus de todo viviente, ponga un hombre al frente de esta comunidad, uno que salga y entre al frente de ellos y que los conduzca en sus entradas y salidas, para que no quede la comunidad del Señor como rebaño sin pastor». Respondió el Señor a Moisés: «Toma a Josué, hijo de Nun, hombre en quien está el espíritu, imponle tu mano y preséntalo ante el sacerdote Eleazar y ante toda la comunidad, dale instrucciones en presencia de ellos y comunícale parte de tu autoridad, para que le obedezca toda la comunidad de los hijos de Israel. Que se presente al sacerdote Eleazar y que este consulte acerca de él al Señor, según el rito de los *urim*. A las órdenes de él saldrán y a las órdenes de él entrarán todos los hijos de Israel, toda la comunidad». (Num 27, 15-21)

Pablo, por su parte, afirma: «Para la libertad nos libertó Cristo» (Gal 5, 1). Jesús es el verdadero Moisés que conduce a la libertad plena. Ha venido para que tengamos vida y la tengamos en abundancia. Él restablece la relación de libertad y comunión, la propia de la verdadera alianza entre Dios y la humanidad. Más todavía, él vino para abrir las puertas del Hades y todos puedan gozar de la vida en plenitud (cf. Ef 2, 18; Hb 10, 19). Bajó a los infiernos y abrió sus puertas, pues posee las llaves de la liberación plena y definitiva (cf. Ap 1, 18). Pasó por la muerte para ser Señor de vivos y muertos.

4. La puerta permite entrar y salir, pero a nadie se le fuerza a pasar por ella. La fe supone la decisión libre y responsable. El hombre se halla ante una posibilidad. Se le ofrece la puerta, pero la fe y la comunión con Dios conlleva la decisión libre. El hombre creado a su imagen y semejanza no se halla determinado o codificado, ni está determinado por el azar. La vocación del hombre es la libertad y la misión es el ejercicio de la libertad del amor para la que nos liberó Cristo Jesús..

La metáfora de la puerta adquiere de esta forma otro sentido en el libro de la esperanza. Releamos un texto bien conocido de todos nosotros:

Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo. Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. (Ap 3, 20-22)

San Ambrosio, comentando este texto, enseñaba: la puerta por la que dejamos a Cristo entrar en nosotros es la fe. El evangelista Juan afirma en el prólogo de su evangelio que por la fe llegamos a ser hijos de Dios (cf. Jn 1, 12). Cristo es la puerta, pero al mismo tiempo llama a la puerta de nuestra libertad.

Todo esto tiene consecuencias muy importantes para la vida en el Espíritu Santo. En efecto, la vida en el Espíritu no puede reducirse a unas prácticas religiosas, éticas o sociales. Es preciso dar el paso de la fe, a fin de entrar por la puerta en la vida misma de Dios y caminar en la verdadera libertad del amor. No podemos quedarnos a la puerta, como el extranjero. El apóstol recuerda cómo en Cristo tenemos libre acceso a Dios:

Así, mediante la Iglesia, los principados y potestades celestes conocen ahora la multiforme sabiduría de Dios, según el designio eterno, realizado en Cristo, Señor nuestro, por quien tenemos libre y confiado acceso a Dios por la fe en él. Así pues, os pido que no os desaniméis ante lo que sufro por vosotros, pues redundará en gloria vuestra. (Ef 3, 10-12)

Pero, como alerta, con gran realismo, el propio Jesús en el evangelio según san Lucas: la puerta es estrecha.

Y pasaba por ciudades y aldeas enseñando y se encaminaba hacia Jerusalén. Uno le preguntó: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?». Él les dijo: «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, pues os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta, diciendo: “Señor, ábrenos”; pero él os dirá: “No sé quiénes sois”. Entonces comenzaréis a decir: “Hemos comido y bebido contigo, y tú has enseñado en nuestras plazas”. Pero él os dirá: “No sé de dónde sois. Alejaos de mí todos los que obráis la iniquidad”. Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, a Isaac y a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, pero vosotros os veáis arrojados fuera. Y vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. Mirad: hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos». (Lc 13, 22-30)

Lucas, el evangelista de la misericordia y de los pobres urgía a todos a velar y orar, pues no podemos ignorarlo: Entrar por la puerta es seguir a Jesús, asumiendo el riesgo de ser expulsado y marginado como lo fuera el ciego iluminado por Jesús. Hoy, como siempre, muchos apuestan por abrazar la actitud de los padres del ciego, el silencio vergonzante del miedo.

5. La espiritualidad que entraña la afirmación de Jesús: «Yo soy la puerta de las ovejas», es, por otra parte profundamente comunitaria. Él es la puerta del rebaño de Dios, del pueblo de la alianza que comparte una misma fe. Dios ha querido salvarnos como pueblo.

En todo tiempo y en todo pueblo es grato a Dios quien le teme y practica la justicia (cf. Hch 10,35). Sin embargo, fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente. (LG 9)

La espiritualidad, por tanto, no puede ser más que eclesial, comunitaria. La religiosidad intimista, centrada en la búsqueda de sentirse a gusto con uno mismo, como propugnan hoy ciertas corrientes espirituales, no ha comprendido qué significa el hecho que Jesús se proclame la puerta de las ovejas, la puerta. De ahí la importancia de una verdadera afición y solicitud por la Iglesia y por la familia carismática.

Por medio de Jesús entramos en la Jerusalén celeste anunciada por los profetas y la fe apostólica. Será una ciudad abierta donde todos podrán entrar y salir con plena libertad. No habrá ni muerte ni sombra de injusticia. El número de sus habitantes será incontable y provendrán de todos los lugares de la creación (cf. Ap 21, 9-22, 21; Is 26, 1-5; 60, 1-11; Zac 2, 8s). La seguridad será total, pues reinarán la luz y el amor de Dios. Las tinieblas habrán desaparecido. Esta perspectiva escatológica funda la esperanza actual que hace entrar y salir al pueblo por la puerta, Cristo Jesús.

Pero mientras esperamos la ciudad nueva, el libro del Apocalipsis recuerda a las Iglesias la necesidad de vivir una actitud de permanente conversión. Particular significado tiene la carta a la Iglesia de Laodicea. Era una comunidad tibia, satisfecha con lo que hacía y vivía. Jesús resucitado le hace tomar conciencia que, en realidad, era pobre, miserable, digna de compasión, ciega y desnuda. Es preciso, por tanto, realizar un cambio de rumbo, una real conversión. Debía, en última instancia, abrir la puerta al Señor por la fe y recuperar así el dinamismo que le permitiera caminar en el amor. El Señor ama y, por ello, invita a la conversión. Sigue llamando a la puerta, pues quiere cenar juntos, expresión de la perfecta comunión entre él y la comunidad. Cristo llama a la puerta de nuestras comunidades (cf. Ap 3, 14-22). ¿Le abriremos?

6. Al término de estas reflexiones, pienso en la necesidad e importancia de sostener con nuestra oración y servicio a los llamados a servir el pueblo de Dios, reunido o a reunir, para que entren por la puerta única que es Cristo. La tentación de situarnos como los jefes de la sinagoga nos acecha a todos. La acción pastoral y misionera de la Iglesia no tiene más finalidad que conducir a la puerta, al Esposo, al Salvador. Pidamos, como lo hiciera Moisés, para que el Señor nos dé pastores según su corazón, para que como otros Josué hagan posible que las ovejas del Señor entren y salgan de acuerdo con su vocación a la libertad a través de la Puerta, que es Cristo Jesús.